MIGUEL HERNANDEZ, NIÑO Y ADOLESCENTE

Desde pequeño aprendió a guiar el ganado por la sierra oriolana. Como todo pastor, sabía herir el aire con sus silbidos—origen real de sus *silbos* poéticos de más tarde—para llamar a sus cabras; también sabía disparar la honda para azuzar a las más remisas. Apacentando el menguado rebaño paterno, contemplaba el paisaje desde las alturas. Conocía las luces de Orihuela en el amanecer, al mediodía, a la caída de la tarde. Antes de aprender las primeras letras, la Naturaleza guardaba ya muy pocos secretos para él: hierbas, animales, nubes eran cosas familiares pero llenas de individualidad y carácter. Así, niño aún, se le reveló, sencillamente y con toda su pureza, el misterio de la fecundación. Y sus sentidos se abrieron a la maravilla del mundo, a la feracidad de las huertas y a la caricia del agua. Todo este conocimiento se trasvasaría después a sus versos, clarificado y embellecido por la palabra poética. Esta escuela al aire libre le dotó de esa sabiduría que nada ignora de cuanto pertenece al cielo y a la tierra, de esa elemental inocencia que nada puede cambiar, disfrazar u ocultar.

No sabe leer todavía, pero en cuclillas ordeña sus cabras. Aún no sabe escribir su nombre, pero conoce a qué hora cantan los pájaros y duermen las ovejas. El amor es algo remoto e inimaginable, pero el rito nupcial de los animales transcurre sin velos ante sus ojos extáticos. Cuando ingresa en el Colegio o Estudios de Jesús, sus compañeros ignoran mil cosas de la vida natural que él ha aprendido sin libros y sin esfuerzo. En tales condiciones, las primeras letras son para él cosa de juego.

Le enseñan, pues, a leer y a escribir, aprende las cuatro reglas aritméticas. Le dan los primeros rudimentos de cultura, salpicados de catecismo y de rezos, durante dos o tres años. Pero estas letras las alterna siempre con el pastoreo, especialmente en verano. Sigue pegado a la tierra nativa, ufana y seriamente. Mas ahora, al lado de su cayado de pastor, lleva un libro cualquiera... Y hacen monaguillo al zagal. ¿Acaso porque se sabe la doctrina mejor que nadie o porque recita sin equivocarse todas las historias del Antiguo Testamento?

Es bonito el antiguo Colegio de Santo Domingo, cuya efigie, en la portada, sostiene el escudo de la Orden dominica. Lo rige la Compañía de Jesús desde los tiempos de la desamortización.

Aquí Miguel Hernández abrió los libros por primera vez. Su arisca timidez de pastor contrastaba con la quietud devota y aristocrática de los padres primogénitos de casas ricas; su morenez, con sus pálidos rostros de Gonzagas; su zamarra de zagal, con el manteo delicadamente plegado. Aquí recitó poemas religiosos, en el teatrillo y en días de festividad, alimentando el brote litúrgico de sus primeras creaciones.

Hervía el enjambre de los colegiales bien vestidos; el niño Miguel Hernández se destacaba, entre todos, por la pobreza de sus ropas y por una mirada verde, alta y clarísima, pero algo asustada. A los catorce años abandonó el Colegio de Jesús para dedicarse al pastoreo exclusivamente. Así acaba su infancia.

Comienza entonces su autoeducación con una constancia y una voluntad extraordinarias. Se aficiona a leer, pero no tiene quien le guíe en sus lecturas. Así, éstas son desordenadas e, inicialmente, carecen de toda selección. Frecuenta la biblioteca del Círculo de Bellas Artes. Lee cuanto cae en sus manos. A este respecto, Miguel confesaba: "Lo primero que leí fueron novelas de Luis de Val y Pérez Escrich." Sin embargo, muy pronto se desarrolla en él un seguro instinto que le lleva a elegir siempre lo mejor. Su originaria sencillez de mozo campesino se corrobora en los versos de Gabriel y Galán. Mas luego abreva en los clásicos y lee *Don Quijote;* descubre a Lope de Vega, a San Juan de la Cruz, a Góngora y, sobre todo, a Garcilaso. Sus lecturas, poco a poco, alcanzan a los poetas modernos y contemporáneos: Rubén Darío, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. Y lee apasionadamente a Gabriel Miró, en el cual halla una sensibilidad afín y el mismo amor al paisaje levantino; también admira en él su virtuosismo de la palabra, su riqueza de léxico.

Dotado de un prodigioso talento natural, Miguel Hernández empieza a escribir sus primeros versos a los dieciséis años. Con ellos va llenando un cuadernillo... Pero su incontenible vocación creadora no menoscaba en un ápice la llaneza y simplicidad del pastor que es, sino que, más bien, se funden o se complementan. Sus poemas adolescentes recogen las sensaciones que experimenta como zagal pastoril: la piedra que tira a sus corderos, la siringa de caña que sopla quedamente, la siesta de otoño, el loco rumor de los insectos a mediodía, el chivo y el sueño, el camino, la cumbre, la soledad... Sigue ampliando sus lecturas; copia poemas de Jorge Guillén... Lee en pleno paisaje, en las alturas serranas y en la vega; pero también se acuesta muy tarde y la madre tiene que levantarse para llevarlo a la cama. Entre espigas y tueras, avispas, cuernos recentales, vedejones de lana, las higueras y limoneros de su huerto, el barro del Segura y los riscos, le nacen los versos primerizos y los de su temprana juventud.

Ni el instituto ni la universidad le enseñan letras medias ni letras superiores. El solo aprende métrica y rima. Cuando conoce a los Fenoll y a los Sijé, el arduo aprendizaje técnico casi ha llegado a su término, después de muchas batallas solitarias, de repetidos ensayos y tras algunos aciertos.

Miguel Hernández, al fin, ha logrado ampliar su mundo con el hallazgo de la amistad. En el Horno Fenoll, ayuda a su amigos a heñir la masa en los hinteros o, habla que te habla, presencia la cochura del pan y aspira su aroma tierno. La casa-panadería de Carlos y Efrén Fenoll Felices—hijos de un poeta popular—es el centro de tertulia en que se reúnen los aficionados a las letras de Orihuela y en donde Miguel Hernández halla su primer auditorio. Estanterías y mostradores de mármol limpio, la hornada caliente, sirven de fondo a estas charlas, en las que intervienen, además, los hermanos José y Justino Marín Gutiérrez, cuyos seudónimos literarios son, respectivamente, Ramón y Gabriel Sijé.

Orihuela, entre tanto, sigue enriqueciendo los sentidos del poeta. Todos los prodigios de su paisaje penetran en Miguel Hernández y le dejan un eco sensitivo: frutales en flor, olivares, sembrados, siegas y garbas. Todo el paisaje le late encima y le traspasa. Toma el sol en los calveros—o en el lugar de la Muela que él llamaba "la plancha", porque en ella se tostaba—, mientras los saltamontes, las lagartijas y los tábanos brincan a su alrededor.

Miguel Hernández era un adolescente, un joven puro, que prefería sentirse un poco salvaje, subir a los árboles e imitar a los gorriones, escalar la Cruz de la Muela y dejar en las rocas la mancha de su sudor. Muy limpio siempre, no se saciaba de agua y, buen cabrero, "ordeñaba"—según decía—la que brotaba de los manantiales.

CONCHA ZARDOYA.